

FRAGIL MEMORIA

por

ARTURO LOMELLO

Comencé a escribir el cuento en una noche de invierno. Todos dormían en la casa y el espeso silencio me excitó la imaginación, a tal punto que pensé que tal vez hubieran desaparecido devorados por él o por el sueño al que se habían entregado. Quizás nunca nos volveríamos a encontrar: al fin nuestro conocimiento de los otros y de nosotros mismos, depende de la mágica y frágil presencia de la memoria.

Lugar común de las narraciones de suspenso y misterio el reloj sobre el escritorio, con su ritmo sosegado, parecía la máquina que sostenía la realidad de la casa, como si estuviera afirmando con su repiqueteo el espacio interior, para que todo no se desvaneciera en la noche.

Pocos minutos antes, todos habíamos conversado animadamente de trivialidades: las anécdotas de Rosa en la escuela; las andanzas de mi mujer con una torta de manzana que se le había quemado; el partido de básquet que había jugado Manuel en el club.

Mis ocupaciones me impedían desde varios días atrás hallar el momento para desarrollar el tema que me obsesionaba: las aventuras de un anciano que está seguro de haber visto mientras viajaba en un ómnibus urbano a su esposa muerta diez años atrás, y la desesperada búsqueda que inicia para encon-

trarla. El cuento debía tener el mayor realismo y mostrar que la realidad en parte es creada por nosotros mismos.

Pero me costaba concentrarme, porque sentía frente a la máquina de escribir, acompasado por el tic-tac del reloj, que en ese momento toda la casa era el ambiente de un cuento, que todos estábamos viviendo una ficción y que en lugar de prestar atención a mi intento literario debía hacerlo con lo que en ese instante se iba gestando dentro y en torno de mí; también de quienes dormían.

Algo estaba por ocurrir, algo que emergía de las paredes, que llegaba desde la calle; algo que no alcanzaba a determinar si era amenazante o propicio.

Noches como esa son frecuentes para quien tiene un poco de imaginación y está solo. Quizá cada vez que el silencio del mundo nos gana se producen vivencias como la que yo experimenté. Pero esa impresión de que todo está sostenido frágilmente por la memoria se disipa a los pocos instantes y nunca ocurre nada que agriete la consistencia de lo acostumbrado. Además, en caso de que ocurriera ¿quedaría alguien para contarlo?

Todo eso me dije, mientras los habituales perros ladraban en la calle o en fondos de casas vecinas. dentro del circular y nostálgico tejido del tiempo de la noche. También como si todo fuese un rito, escuché las voces confusas de quienes vuelven del cine o trabajos con horarios inusuales. Una carcajada, un grito, unas bromas. Motores de vehículos, la sirena de una ambulancia.

No pude neutralizar la inquietud que me había invadido. Una inquietud que aunque angustiada y con un ingrediente de terror, se amalgamaba con ese recóndito deseo de lo sobrenatural que no siempre confesado, los hombres llevamos en lo más íntimo. Tal vez porque oscuramente sabemos que la propia vida es un milagro.

“Esto ha de ser —me dije—; en el fondo quiero que ocurra algo prodigioso. Y no advierto que ya está ocurriendo. Es

lo que intuyo en el silencio. En este momento en que ellos duermen y yo velo, capto la extrañeza de nuestra presencia en la tierra y la preponderancia del silencio y lo invisible en nuestras vidas”.

Debía terminar con mi inquietud. Debía ver a mi mujer y mis hijos, comprobar que todo continuaba siendo familiar. Fui hacia el dormitorio grande. Al ingresar en él oí la respiración acompasada de Marta en la oscuridad. Me senté a su lado en la cama de dos plazas, sin encender la luz. Acaricié su rostro levemente, pasando mis dedos por su frente, su pequeña nariz recta, la conocida curva de su mejilla con la minúscula cicatriz junto al labio superior.

—¿Quién es?

Estaba despierta. O, mejor dicho, la había despertado, seguramente, pese a mis precauciones. Ella tiene un sueño demasiado ligero.

—Soy yo, querida, Andrés.

—¿Terminaste ya el cuento?

Encendió la luz. Se incorporó en la cama. Era ella, otra vez ella junto a mí, la mejor Marta, la que no se perdía en el nerviosismo de las tareas hogareñas, en ciertos temores, en algunas deficiencias de su carácter.

—No, no lo pude terminar, si ni siquiera he escrito una página.

—Acostate, si no mañana estarás pasado de sueño y tendrás que ir al trabajo.

—Voy a ver si están tapados los chicos.

Sonrió y luego me observó con cierta severidad:

—No te he podido dar hijos, pero creo que tus bromas son de muy mal gusto.

Y continuó hablando, pero yo ya no la escuché...

